

**CON MOTIVO DE LA PRESENTACION DEL #24
DE LA REVISTA NACIONAL DE CULTURA**

Nuestras relaciones con el mundo que nos rodea, se llevan a cabo a través del lenguaje oral, escrito o pictórico: desde siempre, el hombre ha tenido la necesidad de comunicarse con sus congéneres, aunque estas relaciones a veces estén teñidas de recelos y suspicacias, pero seguimos sintiendo ese anhelo de entregarnos, para mostrar, nuestra visión el mundo que nos rodea, o simplemente nuestra vida interior, adornada de unas cuantas fantasías.

El desarrollo intelectual y artístico de una sociedad depende de sus intelectuales y artistas, que en la mayoría de los casos, necesitan el apoyo de las instituciones que gobiernan esa sociedad sin que ese apoyo esté condicionado a controles que comprometan el contenido de la creación artística. Ese delicado balance entre la actividad cultural y el estado que la promociona debe mantenerse con la perspectiva de respeto y libertad: los estados que optan por imponer su punto de vista a la creatividad de sus intelectuales, acaban por sofocarla y convierten la cultura en un estereotipo de propaganda política.

En nuestro país, la cultura oficial ha sido relegada al último renglón del presupuesto, con la excusa de compromisos internacionales adquiridos, o quizás, porque nuestros dirigentes son de la creencia que el desarrollo social, económico e histórico de una sociedad como la nuestra depende únicamente de indicadores económicos y nada tiene que ver con la cultura de sus habitantes.

Se equivocan.

El torbellino de nuestra cambiante sociedad, la policromía de razas, nuestras divergencias religiosas y políticas, nuestro vergonzoso reciente pasado y el titubeante presente histórico, el tejido mismo de esta estrecha cintura del continente, de este Panamá, tiene que ser dibujado una y otra vez en la poesía, la prosa, la pintura, la música, por sus artistas para que logremos destilar la esencia de nuestra nacionalidad, el elixir de lo que somos y de lo que aspiramos ser. La disparidad de elementos y tendencias que se observan en nuestra sociedad, tienden a reflejar la realidad que vivimos. Es inútil tratar de imponer nuestros puntos de vista, sin antes educar, convencer, dialogar con la sociedad, tarea ardua pero no imposible. De éso se trata una revista de cultura. De la educación de nuestra sociedad sin imposiciones ni consignas. Traer a la luz una publicación que refleje todas esas facetas no es tarea fácil, al contrario. Después de superar las enormes barreras del egoísmo e ignorancia gubernamental que nos agobia, de resolver el laberinto de la burocracia empeñada en retornarnos a la edad de piedra, además es necesario convencer a un público indiferente, embrutecido por el degradante bombardeo audiovisual que sufrimos a diario, que el producto de tantos esfuerzos, que esa revista de cultura, vale la pena ser leída, discutida a fondo y que es función del gobierno distribuirla a nuestras embajadas, para que se conozca el pensamiento de esta inquieta y distinta humanidad que se entreteje, se distingue y se esfuerza en llamarse panameña.

¿Qué somos quinientos años después de la conquista?

¿Qué sabe de nosotros el mundo exterior?

Una distorsionada imagen de nuestra nacionalidad es reflejada a través de los medios de comunicación que indistictivamente nos acusan de ser colonia, país del tercer mundo, solamente un canal, banana Republic, refugio de narcos, lavamático de dólares. Nuestra bandera es vendida a piratas. ¿Nuestro ciudadanos más famosos? Boxeadores, jinetes, generales retirados a la fuerza, generales que nos enloquecen con la recitación monótona del rap, cantantes de salsa con aspiraciones políticas. En la recién inaugurada cadena de las Américas, Panamá es presentada como un país en donde todos pasan el día en una molicie de sexo, celos, bailes, congos, brujería. Como contraste, México presenta además de los bailes típicos, sus paisajes, universidades, arquitectura e historia colonial, a Octavio Paz. Argentina, sus paisajes, universidades, historia, teatro, a Ernesto Sábato. Ecuador, sus paisajes, orfebres, maravillosos pintores, teatro. Cada país se esfuerza en presentar lo mejor de sí: cultura, tradición, fiesta.

¿Quiénes son los responsables de nuestra imagen exterior?

La reciente historia de invasión y muerte, enluta nuestros pensamientos y ensombrece el camino hacia el renacimiento que muchos anhelamos. Estos últimos años han transcurrido tan lentos, cada minuto un año, cada segundo meses enteros, la danza de malos espíritus sobre nuestras cabezas, el insulto a flor de labios, ofendidos y ofuscados buscamos el camino sin encontrarlo. Solamente la palabra escrita que refleje ese otro yo que podemos ser, nos

ayudará a encontrar la verdad, vencidos el recelo y la desconfianza que nos infecta, como una enfermedad mortal. La prosa genuina de nuestros intelectuales debe ser el mensaje que refleje la íntima realidad del panameño, sus ilusiones, tradiciones y fantasías. En las palabras de Borges, "El arte debe ser como un espejo que nos revela nuestra propia cara".

Saludamos hoy a los trabajadores del Instituto Nacional de Cultura, responsables por esta publicación de impecable presentación que enaltece los valores panameños. Conocemos el tremendo esfuerzo que ha costado llevar a cabo este proyecto y los obstáculos que han tenido que vencer y por ello, nos sentimos doblemente honrados de ser parte de esta revista, cuya continuidad debe ser una exigencia de todos los panameños.

ROSA MARIA BRITTON